

APARECIDA: LA OPCIÓN PREFERENCIAL POR EL POBRE
Gustavo Gutiérrez, op.

El autor, bien conocido por su hondura y coherencia vital, afirma que lo que Aparecida será para la Iglesia depende de su recepción. El colectivo Amerindia, que reúne a católicos de más de veinte naciones de América, ofrece en la red una obra coral de la que este texto es un capítulo [www.amerindiaenlared.org]. Agradecemos la posibilidad de difundirlo y de ahondar en una cuestión tan relevante.

Como en el caso de las anteriores Conferencias episcopales latinoamericanas, la de Aparecida marcará la vida de la Iglesia en el continente.

Ellas son el resultado de procesos largos, con la participación de importantes porciones del Pueblo de Dios, incluso en las asambleas finales, en las que desde Medellín -siguiendo la pista abierta por el Concilio- participan activamente un número importante de laicos, sacerdotes, religiosas, miembros de otras Iglesias cristianas y de otras religiones, cuya contribución estuvo, igualmente, presente en la V Conferencia.

La preparación lejana de Aparecida está en los años anteriores, en el compromiso y en la fidelidad de muchos al Evangelio y a los pobres de este continente, pese a todas las dificultades e, incluso, incomprendimientos. Está, sobre todo, en "el testimonio valiente de nuestros santos y santas, y de quienes aun sin haber sido canonizados, han vivido con radicalidad el evangelio y han ofrendado su vida por Cristo, por la Iglesia y por su pueblo" (DA 98). Muchos de ellos son conocidos, otros tantos son anónimos, pero todos son "testigos de la fe", como dice el Documento (un reconocimiento y homenaje que habíamos extrañado en las conferencias anteriores). Para quienes siguieron de cerca esta línea en la vida de la Iglesia latinoamericana, tal vez Aparecida no resulte tan sorprendente.

El camino inmediato a esta conferencia estuvo jalonado por diálogos y consultas con personas de distintas posiciones, así como por diferentes reuniones del CELAM en las que se fue definiendo el perfil de esa asamblea. Apertura que estuvo también presente durante los días de la Conferencia y contribuyó a hacer de ella un momento importante en la vida de la Iglesia latinoamericana y caribeña.

Se ha dicho que Aparecida significa una ratificación de la línea teológico-pastoral asumida en las últimas décadas en los encuentros continentales precedentes. Es cierto en varios aspectos. A la vez, o más bien por esa misma razón, lo hace creativamente, con la mirada en el tiempo que viene, teniendo en cuenta los desafíos actuales a la vivencia y al anuncio del mensaje evangélico.

Estas páginas no pretenden comentar el conjunto del Documento, sino simplemente uno de sus ejes, central eso sí, que da estructura al texto y nos proporciona un criterio fundamental de lectura del texto y acontecimiento de

Aparecida: la opción preferencial por el pobre. Efectivamente, como se dice en el Documento Final, esta perspectiva es "uno de los rasgos que marca la fisonomía de la Iglesia latinoamericana y caribeña" (DA 391).

Veremos en primer lugar la insistencia en saber discernir los signos de los tiempos, como lo pedía Juan XXIII convocando al Concilio. Examinaremos, luego, cómo se presenta en Aparecida el fundamento y las implicaciones de la opción por el pobre. Finalmente, subrayaremos una de sus más importantes consecuencias: la relación entre anuncio del Evangelio y la transformación de la historia.

DISCERNIR LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS

En el proceso que llevó a Aparecida se fue afirmando, ante la propuesta de numerosos episcopados, la necesidad de asumir nuevamente el método *ver, juzgar, actuar*.

UNA LECTURA CREYENTE

Desde el inicio Aparecida se propone hacer una lectura creyente de la realidad y la ubica en relación con su tema central: "Como discípulos de Jesucristo nos sentimos interpelados a discernir los 'signos de los tiempos', a la luz del Espíritu Santo, para ponernos al servicio del Reino, anunciado por Jesús, que vino para que todos tengan vida y 'para que la tengan en plenitud'(Jn 10,10)" (DA 33).

Como es sabido, quien puso este tema sobre el tapete en nuestra época fue Juan XXIII. La recepción que tuvo esta iniciativa prueba su consonancia con el mensaje cristiano y su sensibilidad creyente. Es una óptica que se entronca con la encarnación en la historia del Hijo de Dios, que revela el amor de Dios por el género humano que vive en ese devenir histórico. Ese es su fundamento en la fe y en la teología. Discernir lo que en él corresponde, o no, a las exigencias y presencia del Reino es tarea del conjunto de la Iglesia. Efectivamente, desde un principio quedó claro, en este derrotero, que los acontecimientos históricos que deben ser discernidos no son sólo positivos, hay también, evidentemente, los que no se sitúan en la línea de los valores evangélicos. El asunto es capital para la tarea de proclamación del evangelio; en ese horizonte se colocan los documentos mencionados.

Aparecida ve este discernimiento como una tarea permanente y que debe renovarse continuamente. Una serie de hechos de los últimos años, tanto de orden económico, político, cultural, como en el religioso y cristiano, están diseñando, a un ritmo vertiginoso, una situación inédita que mueve el piso a muchas de nuestras certezas y hace tambalear no pocos proyectos históricos presentes hasta hace muy poco. Sin duda, la historia ha apretado el paso en tiempos recientes.

Obviamente, las formas de entrada de los pobres y oprimidos en el escenario histórico de años anteriores no son las mismas hoy: es necesario estar atentos a las rutas inéditas que toman actualmente. De este modo, el esbozo

de la compleja realidad del pobre se va completando, por ensayo y por error, con estridencias y sin ellas, pero finalmente se hace más preciso e interpelante, de lo cual toma nota Aparecida. En otras palabras, nos hallamos ante un proceso en curso, que no ha dado todavía todo de sí.

1) LA CUESTIÓN DEL MÉTODO EN APARECIDA

El camino que debía seguirse para precisar las tareas de la comunidad cristiana en el hoy de América Latina y el Caribe fue un asunto muy debatido en la preparación de Aparecida e, incluso, en la Conferencia misma.

A) VER, JUZGAR Y ACTUAR

Como hemos recordado, partir de un análisis y de una interpretación de la realidad social e histórica se constituyó en un elemento decisivo en los documentos de Medellín y Puebla. No sucedió lo mismo en Santo Domingo debido a indicaciones que respondían al temor de que hacer de ello un primer paso significaba caer, se decía, en el "sociologismo" y renunciar a la perspectiva de la fe cristiana.

Era ignorar el sentido de ese método que sostiene que el ver es ya una lectura creyente; quienes lo practican, después de su lanzamiento por la Juventud Obrera Católica y el, más tarde cardenal Cardijn, lo saben bien. Algunas comisiones en Santo Domingo hicieron un intento por mantenerlo, pero la indicación general que lo desaconsejaba empobreció, pese a ciertos logros, el producto final. De ello hubo una conciencia clara en Aparecida. El discurso de Benedicto XVI, de gran influencia en las conclusiones de Aparecida, insiste en el Dios de rostro humano y, por lo tanto, en su presencia en la historia: "Dios es la realidad fundante, no un Dios sólo pensado o hipotético, sino el Dios de rostro humano; es el Dios-con-nosotros, el Dios del amor hasta la cruz" (DI 3). El tema mateano del Emmanuel -de abolengo vetero-testamentario- impregna sus palabras y ofrece un fuerte apoyo para hablar de los compromisos que los cristianos, y la Iglesia en su conjunto, deben asumir ante la situación de América Latina y el Caribe.

Al inicio de su discurso, con un lenguaje que en el pasado algunos veían con desconfianza, el Papa afirma, incluso, que "el Verbo de Dios, haciéndose carne en Jesucristo, se hizo también historia y cultura" (DI 1). Al hacerse hombre entra en la historia humana y se sitúa en una cultura; son dimensiones necesarias y cargadas de consecuencias para una comprensión apropiada del mensaje cristiano. Un mensaje que se da en la historia, y que al mismo tiempo la trasciende.

B) REAFIRMACION DE LA OPCIÓN PREFERENCIAL POR EL POBRE

Asumimos "con nueva fuerza esta opción..." (DA399), "se confirma nuestra opción..." (*Resumen* 6), "reafirmamos nuestra opción..." (*Mensaje Final* 4), mantenemos "con renovado esfuerzo nuestra opción..." (ibid.). Aparecida se sitúa en una continuidad reforzada y creativa de la opción preferencial por el pobre, que dibuja "la fisonomía de la Iglesia" (DA391) en el continente. Es

una convicción que la Conferencia plantea como un punto de no retorno.

C) EL FUNDAMENTO CRISTOLÓGICO

Sin duda, una de las aseveraciones más relevantes del discurso inaugural de Benedicto XVI, y de gran influjo en el texto final, concierne al fundamento teológico de la opción por el pobre. Tocar el tema, y hacerlo en términos muy claros, ante la Conferencia episcopal del continente en el que surgió la formulación de esa solidaridad con los pobres fue particularmente significativo.

El Papa encuadra dicha opción recordando que la fe cristiana nos hace salir del individualismo y crea una comunión con Dios y, por eso mismo, entre nosotros: "La fe nos libera del aislamiento del yo, porque nos lleva a la comunión: el encuentro con Dios es, en sí mismo y como tal, encuentro con los hermanos, un acto de convocación, de unificación, de responsabilidad hacia el otro y hacia los demás". La opción por el pobre es un camino hacia la comunión, y encuentra en ella significación más profunda y exigente. El texto que acabamos de citar continúa, en forma inmediata, de este modo: "En este sentido, la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza (cf. 2 Cor. 8,9)" (DI 3). Es la fe en un Dios que se ha hecho uno de nosotros y que se manifiesta en el testimonio del amor prioritario de Jesucristo por los pobres.

En esa línea de encarnación es citado el texto en Aparecida. "Nuestra fe proclama que 'Jesucristo es el rostro humano de Dios y el rostro divino del hombre' [*Iglesia en América* 67]" (DA392). Y citando al Papa, dice: "Por eso 'la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecer con su pobreza' (DI 3)" (id.). "Por eso", equivalente al "en ese sentido" del discurso papal, la mención del rostro de Cristo y del ser humano da el fundamento de esa opción. De modo límpido lo sostiene Aparecida: "Esta opción nace de nuestra fe en Jesucristo, el Dios hecho hombre, que se ha hecho nuestro hermano (cf. Hb 2,11-12)" (id).

Vínculo señalado ya por las tres Conferencias latinoamericanas anteriores. En ellas aparece nítidamente el fundamento cristológico de la opción por el pobre. Pero, indudablemente, la formulación que hallamos en Aparecida da precisión, actualidad y un gran vigor a una perspectiva que ha puesto un sello indeleble en la vida de la Iglesia del continente y más allá de él. De este modo, la opción por el pobre se constituye en un eje del Documento de Aparecida, y lo es porque, precisamente, se trata de un eje de vida y de reflexión para todo seguidor de Jesús.

2. LOS ROSTROS DE LOS POBRES

El Documento deduce una importante consecuencia de lo dicho sobre el fundamento de la opción por el pobre: "Si esta opción -dice- está implícita en la fe cristológica, los cristianos como discípulos y misioneros estamos

llamados a contemplar, en los rostros sufrientes de nuestros hermanos, el rostro de Cristo que nos llama a servirlo en ellos". Ese reconocimiento implica "una mirada de fe" (DA 393).

El tema, de evidente inspiración evangélica, surge, como es sabido, en Puebla (nn. 31-39). Su recepción en las comunidades cristianas del continente y en muchas de sus celebraciones litúrgicas fue enorme. Santo Domingo lo retomó, extendió la lista de esos rostros y pidió que se prolongara. Es lo que ha hecho Aparecida, asumiendo un elemento relevante de la tradición eclesial latinoamericana de las últimas décadas. De modo preciso y firme se sostiene que el reto que viene de esos rostros sufrientes va al fondo de las cosas: "ellos interpelan el núcleo del obrar de la Iglesia, de la pastoral y de nuestras actitudes cristianas" (DA 393). La razón es clara y demandante, porque "todo lo que tenga que ver con Cristo, tiene que ver con los pobres y todo lo relacionado con los pobres reclama a Jesucristo: 'Cuanto lo hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron' (Mt 25,40)" (id.). Estrecha relación entre Cristo y el pobre: reconocer el rostro de Cristo en el rostro sufriente de tantos hombres y mujeres. El texto capital de Mateo 25, de larga presencia en la historia de la evangelización y en la solidaridad con los pobres de este continente, es el basamento de esta perspectiva. Por ese motivo es el pasaje bíblico más trabajado en la teología de la liberación.

A) LA PREFERENCIA POR LOS POBRES

Se trata de una opción, en tanto solidaridad y compromisos firmes; una opción no opcional, como se ha dicho muchas veces. Una opción preferente por los pobres.

El Documento esboza una percepción de la complejidad de la pobreza, que no se limita a su dimensión económica, por importante que ella sea. "El flagelo de la pobreza (...) tiene diversas expresiones: económica, física, espiritual, moral, etc." (DA 176). De ahí su sensibilidad por "la diversidad cultural" del continente que considera "evidente" (DA 56). Valora y considera un *kairós*, un momento propicio en el continente, la nueva presencia de indígenas y afrodescendientes que puede incluso llevarnos a "un nuevo Pentecostés". En un buen apunte, el Documento dice que ellos "son, sobre todo, 'otros' diferentes que exigen respeto y reconocimiento. La sociedad tiende a menospreciarlos, desconociendo su diferencia" (DA 89). En 38 / (250) efecto, el pobre es el otro de una sociedad que no le reconoce, salvo teóricamente, su dignidad humana.

En la misma vena, y acentuando la complejidad del mundo de la marginación e insignificancia social, Aparecida trata de la situación de la mujer que sufre una ominosa exclusión por varias razones y de quien "urge escuchar el clamor, tantas veces silenciado" (DA454). Para ella vale, asimismo, la cuestión del tipo de alteridad mencionada, de cierta manera la mujer es 'otra' respecto de la sociedad actual, alguien a quien no se reconoce la plenitud de su dignidad humana. El texto pone, además, el acento en las mujeres que pertenecen a poblaciones particularmente marginadas, al mismo tiempo que

subraya la actualidad y la premura de ese estado de cosas. "En esta hora -se dice- de América Latina y el Caribe urge escuchar el clamor, tantas veces silenciado, de mujeres que son sometidas a muchas formas de exclusión y de violencia en todas sus formas y en todas las etapas de sus vidas. Entre ellas, las mujeres pobres, indígenas y afrodescendientes han sufrido una doble marginación" (DA454). Doble marginación, sobre la que nos alertaba ya el texto *La Opción preferencial por el pobre* de Puebla (n. 1135, nota).

Aparecida está atenta también a un punto central de la práctica y la reflexión acerca de la opción por el pobre: los pobres mismos deben ser gestores de su destino. No se trata de hablar por los pobres, lo importante es que ellos tengan voz en una sociedad que no escucha su clamor por la liberación y la justicia. Ellos sienten "la necesidad de construir el propio destino" (DA 53). El proceso de "recuperación de identidades (...) hace de las mujeres y hombres negros sujetos constructores de su historia y de una nueva historia que se va dibujando en la actualidad latinoamericana y caribeña" (DA 97). Esto vale en varios campos: "día a día los pobres se hacen sujetos de la evangelización y de la promoción humana integral" (DA 398).

El término preferencia no intenta moderar -y, menos todavía olvidar- la exigencia de solidaridad con el pobre y con la justicia social. No se lo comprende sino en relación con el amor de Dios. La Escritura lo presenta como universal y preferente a la vez. A ello se refería Juan XXIII cuando hablaba de "una Iglesia de todos y particularmente una iglesia de los pobres". Dos aspectos que están, no en contradicción, pero sí en una tensión fecunda. Limitarse a uno de ellos es perder los dos. Por ello, Aparecida dice -al inicio del capítulo que trata especialmente de la opción por el pobre- que "la misión del anuncio de la Buena Nueva de Jesucristo tiene una destinación universal. Su mandato de caridad abraza todas las dimensiones de la existencia, todas las personas, todos los ambientes de la convivencia y todos los pueblos" (DA 380). En este marco hay que entender el sentido de la prioridad de los insignificantes y excluidos.

Es lo que hace el Documento cuando, al hablar de la opción por el pobre, afirma que "sea preferencial implica que debe atravesar todas nuestras estructuras y prioridades pastorales. La Iglesia latinoamericana está llamada a ser sacramento de amor, solidaridad y justicia entre nuestros pueblos" (DA 396). Transversal a todas las instancias eclesiales y no encajonada en determinados sectores, de manera que sea sacramento de amor y justicia. A eso apunta la preferencia y no a amortiguar la radicalidad de la opción. Por un lado, la universalidad sitúa el privilegio de los pobres en un ancho horizonte de ruta y le exige rebasar continuamente sus eventuales límites; a su vez, la preferencia por los pobres da concreción y alcance histórico a dicha universalidad y le advierte del peligro de permanecer en un nivel engañoso y nebuloso.

B) EVANGELIZACIÓN Y COMPROMISO POR LA JUSTICIA

Son varias las cuestiones que se derivan del modo como es reafirmada y presentada la opción preferencial por el pobre en Aparecida. Nos limitaremos

a enfatizar una de ellas.

COMPARTIR UNA EXPERIENCIA

El anuncio del Evangelio procede de un encuentro. Del encuentro con Jesús. Recordarlo le permite al Documento entrar en consideraciones que nos son muy cercanas, que forman parte de muchas experiencias y que van al sentido mismo de la opción preferencial por el pobre.

LA ALEGRÍA DEL DISCÍPULO

Ese compartir nace de la alegría del "encuentro con Jesucristo, a quien reconocemos como el Hijo de Dios encarnado y redentor (...) deseamos que la alegría de la buena noticia del Reino de Dios, de Jesucristo vencedor del pecado y de la muerte, llegue a todos (...) darlo a conocer con nuestra palabra y obras es nuestro gozo" (DA 29). Sin esta experiencia la transmisión del mensaje se convierte en algo frío y lejano que no llega a las personas. La opción por el pobre no escapa al riesgo "de quedarse en un plano teórico o meramente emotivo, sin verdadera incidencia en nuestros comportamientos y en nuestras decisiones" (DA397). La alegría del encuentro con Jesús amplía nuestra mirada y ensancha nuestro corazón.

La opción por los pobres nos pide "dedicar tiempo a los pobres, prestarles una amable atención, escucharlos con interés, acompañarlos en los momentos más difíciles, eligiéndolos para compartir horas, semanas o años de nuestra vida, y buscando, desde ellos, la transformación de su situación" (id)... No es una cuestión de condescendencia, sino de solidaridad y amistad, y la amistad significa igualdad y justicia, reconocer su dignidad humana.

POBREZAS OCULTAS

"Sólo la cercanía que nos hace amigos -dice Aparecida-, nos permite apreciar profundamente los valores de los pobres de hoy, sus legítimos anhelos y su modo propio de vivir la fe. La opción por los pobres debe conducirnos a la amistad con los pobres" (DA 398). En efecto, sin amistad no hay auténticamente solidaridad ni un verdadero compartir con ellos, la opción es por personas concretas, hijas e hijos de Dios.

Esta postura nos ayudará a percibir "los grandes sufrimientos que vive la mayoría de nuestra gente y que con mucha frecuencia -dice el Documento con sensibilidad y finura- son pobreza ocultas" (DA 176). Las hay entre los pobres, son pobreza modestas, poco llamativas, hechas vida cotidiana, tan asimiladas que de ellas no se habla, vejaciones sufridas como hechos ineluctables, un cierto pudor las cubre con un manto de silencio. Ocurre, sobre todo, con las mujeres de los sectores pobres; marginadas, muchas veces al interior mismo de sus familias, pero no sucede únicamente con ellas. Todas esas pequeñas (o grandes) miserias sólo salen a la superficie -cuando lo hacen- después de mucho tiempo de amistad, y hasta se pide disculpas para hablar de ellas. Hasta allí hay que ir.

Estas consideraciones no obvian, de ningún modo, que la opción por el pobre significa, asimismo, un compromiso por la justicia (lo veremos en el siguiente párrafo). Simplemente, nos hacen acentuar aspectos que pueden escaparse a una mirada que no cala suficientemente en las hondas dimensiones de la opción por el pobre y en los aspectos más delicados de las personas.

C) LA IGLESIA ABOGADA DE LA JUSTICIA Y DE LOS POBRES

Las acciones por la justicia y la promoción humana no son ajenas a la evangelización. Todo lo contrario. Ellas no terminan allí donde comienza el anuncio del mensaje cristiano, no es una pre-evangelización, constituyen una parte de la proclamación de la Buena Noticia. Esto que hoy es evidente para nosotros, y lo es en Aparecida, es el resultado de un proceso que fue haciendo comprender el sentido de decir "que llegue tu Reino". Es hablar de la transformación de personas y de la historia en la que el reinado de Dios se hace presente ya, aunque todavía no plenamente. Es una andadura que se acelera desde el Concilio, donde se tomó seriamente la presencia de la Iglesia en el mundo.

Las conferencias episcopales, comenzando por Medellín, afirman que Jesús vino a liberarnos del pecado, cuyas consecuencias son servidumbres que se resumen en la injusticia (*Justicia* 3). El Sínodo romano sobre Justicia en el mundo (1971) se sitúa en esa línea: la misión de la Iglesia "incluye la defensa y la promoción de la dignidad y de los derechos fundamentales de la persona humana" (n. 37). *Evangelii Nuntiandi* (n. 29) recogió la perspectiva; y Juan Pablo II afirmó en Puebla que la misión evangelizadora "tiene como parte indispensable la acción por la justicia y la promoción del hombre" (DI III, 2). Benedicto XVI recuerda que "la evangelización ha ido unida siempre a la promoción humana y a la auténtica liberación cristiana" (DI 3; cf. DA 27). Y afirma en su primera encíclica: "Amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí" (DCE15). Se trata de una cuestión de principio que las infidelidades a ese postulado en la historia, no lo modifican en tanto que exigencia permanente. En ese orden de ideas, declara abiertamente, en un texto muy influyente en Aparecida: "La Iglesia es abogada de la justicia y de los pobres", y unas líneas más abajo repite la idea: "abogada de la justicia y de la verdad" (DI 4). Textos varias veces citados en Aparecida.

El anuncio del evangelio implica una transformación de la historia que gire en torno a la justicia, a una respetuosa valoración de las diferencias de género, étnicas y culturales, y a la defensa de los más elementales derechos humanos sobre los que debe fundarse una sociedad en la que se viva una auténtica igualdad y fraternidad.

La mesa de la vida

Denunciar la injusticia y proponerse establecer la justicia son expresiones necesarias de la solidaridad con personas concretas. Creemos en un Dios de la vida que rechaza la pobreza inhumana, que no es otra cosa que muerte injusta y prematura. Todos estamos llamados a participar en el banquete de la vida. "Las agudas diferencias -afirma la Conferencia- entre ricos y pobres

nos invitan a trabajar con mayor empeño en ser discípulos que saben compartir la mesa de la vida, mesa de todos los hijos e hijas del Padre, mesa abierta, incluyente, en la que no falte nadie. Por eso reafirmamos nuestra opción preferencial y evangélica por los pobres" (*Mensaje Final 4*). Mesa abierta, de la que nadie está excluido, pero cuyos primeros invitados son los últimos de este mundo.

El Papa, en su discurso inaugural, hizo una interesante alusión al peligro en el mundo de hoy de una actitud individualista e indiferente a la realidad en que vivimos que Aparecida recoge con los mismos términos: "la santidad no es una fuga hacia el intimismo o hacia el individualismo religioso", tendencia muy marcada en la sociedad y en el mundo religioso de hoy. El texto insiste: "tampoco un abandono de la realidad urgente de los grandes problemas económicos, sociales y políticos de América Latina y del mundo y, mucho menos, una fuga de la realidad hacia un mundo exclusivamente espiritual" (DA 148; cf. DI 3). En efecto, una gran tentación contemporánea en la vida cristiana es la que muchos se ufanan y que da buena conciencia al precio de abandonar el testimonio de Jesús. Como si una postura intimista y recoleta, con la pretensión de moverse en una esfera "exclusivamente espiritual", respondiese fielmente a las exigencias evangélicas.

En la Eucaristía, configurándonos con el Señor, y en escucha orante de su Palabra, hacemos memoria de su vida, testimonio, enseñanza, muerte y resurrección y celebramos con gozo nuestra comunión con Dios y entre nosotros (cf. DA 142).

3. CONCLUSIÓN

El Documento tiene una impronta de esperanza, pero no de ilusiones. Hacia el final del texto se anota que "no hay otra región que cuente con tantos factores de unidad" como América Latina y el Caribe. Pero se trata de una "unidad desgarrada porque está atravesada por profundas dominaciones y contradicciones" y añade "todavía incapaz de incorporar en sí 'todas las sangres'" (DA 527). La frase de José María Arguedas, con la que caracterizaba al Perú, vale, en efecto, para todo el continente. Ella expresa nuestra diversidad y, también, nuestra riqueza y potencialidades. Conociéndolas podremos afrontar debidamente los retos que vienen de nuestra situación.

Aparecida ha intentado ver cara a cara esa realidad, sin subterfugios y escapatorias. Y presenta exigencias a los discípulos de Jesucristo para que cumplan su misión con fidelidad al evangelio. Lo hace convencida de que "la opción preferencial por los pobres nos impulsa, como discípulos y misioneros de Jesús, a buscar caminos nuevos y creativos a fin de responder otros efectos de la pobreza" (DA 409). La opción preferencial por el pobre comprende un estilo de vida que ha inspirado muchos compromisos en tres niveles, diversos pero relacionados: el anuncio de la buena nueva (en los terrenos pastoral y social), tal vez el más visible; el teológico; y, como basamento de todo lo anterior, el de la espiritualidad, el seguimiento de Jesús. Esto la hace uno de los ejes transversales del Documento.

Al inicio de estas páginas decíamos que el acontecimiento y el Documento de Aparecida marcarán la vida de la Iglesia de América Latina y el Caribe en el tiempo que sigue, pero es necesario completar esa afirmación. Esto dependerá de la recepción que le demos a Aparecida, es algo que está en nuestras manos. En las manos de las Iglesias locales, de las comunidades cristianas y de diferentes instancias eclesiales. La exégesis, la interpretación de textos como éste, se hace en los hechos, en la práctica.